

El entronque común azcoitiano
del dramaturgo José Echegaray Eyzaguirre
(1833-1916)

Y

del novelista Benito Pérez Galdós (1843-1920)

por

J. SARRALLE

Cuando en diciembre de 1904 se le otorgaba a José Echegaray el premio Nobel de literatura, no faltaron quienes creyeran y proclamaran a Galdós por más digno del preciado galardón. Las preferencias por éste o por aquél son inevitables en semejantes casos, no sólo porque se trata de gustos de que nada hay escrito, sino por radicar muchas veces aquéllas en condiciones muy ajenas a las puramente literarias. Lo que hace falta es que tengamos premios Nobel, y que el agraciado tenga todas las veces varios de su talla que le puedan hacer sombra. En la presente ocasión era evidente que Galdós podía co-dearse con Echegaray.

Rigurosamente coetáneos ambos, habían dado muestras de gran fecundidad literaria, y si se decía por ejemplo de Galdós ser el mayor novelista español desde Cervantes acá, Echegaray había logrado en Madrid éxitos inauditos; fué calificado de genio (Revilla), y tenido por trágico de la raza de Esquilo y de Sófocles.

Durante los años de la Restauración sobre todo, el uno desde el teatro y desde sus novelas patrióticas el otro, se habían hecho dueños absolutos de los destinos literarios de la patria de Cervantes y Calderón. Echegaray con sus dramas tuvo además resonancia en el extranjero, lo que unido a lo múltiple de su talento: matemático, físico, economista, dramaturgo, vulgarizador de las ciencias, le valió acaso el que la academia de Suecia se decidiera por su nombre en el otorgamiento del premio internacional.

De los antagonismos que se cultivaron en torno a su persona y obra, y que en ocasiones llegaron a extremos apasionados, no nos toca hablar. Baste decir, sin ánimo de achicar la polémica, que Eche- garay había tenido la "desgracia" de ir acercándose al Altar y al Trono, hecho que a la vuelta del siglo, cuando empezaron a mandar los de la nueva generación literaria, era demasiado patente. Se en- cresparon pues las olas, y un homenaje que se proyectaba en su fa- vor, quiso ser "torpedeado". Sin embargo, las apoteósicas jornadas del 18 y 19 de marzo de 1905, sábado y domingo, cuando el Rey en- tregó la medalla Nobel a Echegaray en el Senado, y se celebraron otros actos en su honor, demostraron una vez más la popularidad de que gozaba todavía el insigne dramaturgo. Tomaron parte en los actos di- chos Menéndez Pelayo, Galdós y Cajal; éste con un grandioso discurs- o. La adhesión del vecindario de Madrid al homenaje fué clamorosa.

Pero de esto, lo hemos dicho, no nos toca hablar. Venimos en son de paz, a hacer labor de concordia, estableciendo que ambos a dos, Galdós y Echegaray, habían sorbido parte de su jugo vital del valle de Loyola, el mismo del que habían sorbido el suyo San Ignacio y José de Anchieta, apóstol del Brasil (1).

Las dos villas del valle de Loyola, Azpeitia y Azcoitia, escondidas en un pliegue de los montes de Guipúzcoa, hace tiempo que viven asomadas al gran teatro de la historia universal. Son de las villas que han aspirado a ser algo, bien así como sus vecinas Guetaria, pa- tria de Sebastián Elcano, Zumárraga cuna de Legazpi y Villafranca de Urdaneta, conquistadores pacíficos estos últimos de las Islas Fi- lipinas. En el paisaje místico que preside la majestuosa Basílica Igna- ciana y que se llama el valle de Loyola, Azpeitia y Azcoitia viven una vida semi-conventual, semi-canchera, de incontables vocaciones reli- giosas y numerosos aficionados a la pelota. Tan celebradas son sus funciones religiosas en que reza y canta el pueblo con el adiestra- miento de una masa coral orfeónica, como las competiciones de sus pelotaris y aizkolaris.

Pero en las letras, que ahora nos importa, este bello rincón tiene la tradición que le impuso Cervantes, de ser un martirizador del habla

(1) El otro Juan de Anchieta, maestro de capilla del príncipe don Juan (1497) y autor de una misa, inspirada según dicen en un cantar que corría de boca en boca a propósito de la expulsión de los judíos, era de la noble familia del Apóstol dicho; uno y otro radicaban en Urrestilla, anteiglesia de Azpeitia. Higinio Anglés ha reproducido dos misas de Anchieta en «La música en la Corte de los Reyes Católicos» (Madrid, 1941), y promete un estudio sobre su personalidad y obra musical. Son en gran número, dice Anglés, las obras musicales de Anchieta que aún se conservan. Hay todavía otro tercer Anchieta de la misma época, escultor, que ha sido estudiado últimamente por Camón Aznar.

de Castilla. El vizcaíno que en memorable ocasión traba batalla con el Quijote, era, se dice allá, de Azpeitia: DON SANCHO DE AZPEITIA, rezaba el rótulo del cartel de desafío. Y habla o estropea el castellano como lo estropeaban los azpeitianos y un poco más, pues varias de las construcciones de frases que allí se revuelven, no son, lo ha dicho Julio Urquijo y lo tiene anotado Rodríguez Marín, de las que usaría un hijo de Azpeitia. De todas formas, todo el mundo le ha visto, la espada en alto, luchando con el hidalgo manchego; debiéndose notar, que es mucho que no se desdenguase entrar en batalla con él aquel puntilloso caballero andante, ya que Sancho de Azpeitia podría ser vizcaíno, pero no pasaba de ser un escudero; no tenía título ni nobleza especial. El Sancho de Azpeitia del Quijote, el “valiente vizcaíno”, ha de interpretarse dentro de la favorable idea que Cervantes tenía de los naturales de Vizcaya, lo que ya se trasparenta en el pasaje dicho, y queda aún más patente en la novelita ejemplar: *La señora Cornelia*, uno de los más bellos cantos que jamás se hayan entonado a los usos y personas de un pueblo.

Azpeitia, según eso, no tendrá tan buena papeleta en la literatura, pero en alas de la fama de El Quijote ha volado por el universo mundo.

Y vamos adelante. Bacon de Verulamio en los procedimientos que excogita para llegar a la inducción científica, decía más o menos, que cuando concurren pluralidad de elementos en la existencia o composición de un hecho, y se quiera saber a cuál de los componentes debe atribuirse la cualidad que interesa aislar, no hay sino combinar diversamente dichos elementos, y después en los nuevos hechos que se constituyan, fijarse dónde surge la cualidad investigada. En los casos de Galdós y de Echegaray procedería según eso hacer de los componentes de su ser una serie de combinaciones, que desde luego estimamos bastante difíciles, para averiguar si y cómo estuvo asociado su talento literario a la guipuzcoanía que llevaban dentro. Renunciamos a tan sutil alquimia anímica, pero no sin consignar que a la vez con ellos, se dió en Carmelo Echegaray, loado por Menéndez Pelayo, otro caso de buen escritor que era no sólo oriundo sino hijo del valle de Loyola. Este Echegaray historiador, y su contemporáneo Galdós, y el Echegaray dramaturgo, y el hermano de éste, Miguel, también comediógrafo, y el poeta Gerardo Diego, azcoitiano por parte de madre, nos hacen pensar que algo tienen que ver las fuentes del valle de Loyola con las fuentes del Helicón, siquiera actúen ellas con inspiración retardada e indirecta como en el caso de Echegaray, de Galdós y Diego. Que lo acabado de decir es algo más que una simpleza o petulancia nos lo dirá más abajo el dramaturgo Echegaray.

Entrando en materia, oigamos primero las frases de cariño que lo mismo Galdós que Echegaray guardan para sus ascendientes de Guipúzcoa, y cómo asocian a ese cariño cierta devoción a San Ignacio, dato tanto más de apreciar cuanto que las vidas e ideas de entrambos podían hacer suponer que se les daría poco por el Santo en cuestión. Leídas sus frases, daré las partidas de nacimiento de sus antepasados guipuzcoanos según constan en los archivos parroquiales: Domingo de Galdos Alcorta, abuela de don Benito, y Manuela de Eizaguirre de Chaler, madre de Echegaray.

Habla Galdós en sus *Memorias* de una correría que hace a Cegama, hacia 1897, antes de escribir su *Zumalacarrequí*. Ha visitado la casa donde murió el general carlista, ha conversado luego con uno de sus sobrinos, y continúa así:

Al día siguiente, tomé un coche en Beasain para irme a Azpeitia, lugar famoso de cuyo nombre era deber mío acordarme siempre, porque allí nació mi abuelo materno, don Domingo Galdós y Alcorta, varón digno y virtuoso, contemporáneo, según creo, de la Revolución francesa. En los últimos años del siglo XVIII, fué destinado aquel señor a Las Palmas con el cargo de secretario de la Inquisición. Estos empleos eran a la sazón desempeñados por seculares. Llevóme a la villa de Azpeitia además de mi curiosidad de cronista, el afán de conocer algún vestigio, si lo había, en el tronco del árbol vital a que pertenece mi humilde persona. El pueblo me pareció feísimo; las casas altas y sombrías. La iglesia parroquial, de San Sebastián y de San Ignacio, es hermosa, con un magnífico pórtico de don Ventura Rodríguez. En el interior existe la pila en la que fué utilizado San Ignacio de Loyola.

Me hospedé en la cómoda y espaciosa fonda de Arteche y en ella primero, divagando luego por las calles, traté de indagar si había en Azpeitia alguna persona en que pudiera encontrar aclaración próxima o distante con mi familia. Lo único que supe fué que los últimos Galdós se habían ausentado de Azpeitia algunos años antes. Sólo un viejecito que me deparó la dueña de la fonda (2), me dijo que en el convento de religiosas, no sé si dominicas o bernardas (franciscanas), existía una monja muy anciana que llevaba mi apellido. Ni corto ni perezoso me fui al convento, situado al otro lado del río, que creo que era el Urola. Abierta estaba la iglesia; entré en ella y me vi en una soledad misteriosa y apacible. Sólo turbaba el silencio de aquel recinto

(2) Esta dueña de la fonda de que habla aquí Galdós había de ser madre de José de Arteche, el conocido escritor y biógrafo. Arteche, al señalar en su libro «Caminando» el pasaje de Galdós referente a su casa, encuentra un tanto destemplado o extemporáneo el comentario, como si denunciara cierta intransigencia religiosa en la administración de la fonda. Creemos que la puntadita liberal de Galdós va, después de todo, con cierta benévola consideración, exactamente como cuanto se refiere a Loyola y a San Ignacio.

el rezo gangoso de dos viejas sentadas en un banco no lejos de mí. Pasó en esto un sacristán que, agitando un manojo de llaves, nos indicaba que no tardaría en cerrar la iglesia. Obedeciendo a repentina corazonada, pregunté al sacristán si conocía a una religiosa de aquel monasterio que llevase el apellido de Galdós. Y el sacristán, rascándose en la frente como para escarbar en su memoria, me contestó: "Esa señora debió pasar a mejor vida cuatro años ha", y oyendo esto avanzó una de las viejas y, metiendo baza en lo que hablábamos, dijo: "Digote yo que la Madre Ignacia Galdós, que era una santa, pues, ¿lo dudas o qué?, subió al cielo el día de la Purísima Concepción del año en que tuvimos la crecida del río." Secamente afirmó el sacristán: "El noventa", y los cuatro abandonamos el recinto mudo y tético. Acompañándome hasta la fonda, díjome el sacristán que no tenía noticia de que hubiera en Azpeitia persona del apellido que llevaba la santa religiosa; pero que un señor muy entendido en linajes, hablando en la sacristía de la parroquia, había sostenido que únicamente en la Habana había **Galdoses**... En la Habana y en otras islas de por allá.

III

Tempranito sentíamos los huéspedes de la fonda que no éramos madrugadores un toquecito de nudillos en la pueria. Era la camarera, que nos decía: "Caballero, ha perdido dos misas; ya sólo le falta una, que si no se levanta pronto, la perderá también." La segunda mañana que allí estuve me levanté a buena hora y tomando mi desayuno le dije a la patrona: "Yo voy a misa al Santuario de Loyola", que está a mitad de camino entre Azpeitia y Azcoitia. Dicho y hecho; a pie me fui al famoso monasterio, centro y emporio de la orden ignaciana. Grandiosa escalinata de ingreso a la iglesia que es de traza circular. Domina en ella el mal gusto artístico y la riqueza de mármoles y jaspes, materiales que tanto abundan en el próximo monte Izarritz (Izarraitz). En documentos del siglo XVIII hemos visto descripciones ampulosas y un tanto fantásticas de este soberbio edificio. Dicen que en él se ha representado una águila en vuelo, cuyo cuerpo es la iglesia, el pico la portada, las alas el nuevo edificio destinado para el seminario y la **Santa Casa** Loyolea a uno y otro lado del templo; la cola, el refectorio y otras oficinas. Examinando la iglesia vi la **Santa Casa**, edificio lugareño de piedra y ladrillo donde vió la luz el fundador de la Compañía de Jesús. En una de las estancias del piso tercero hay una sagrada, porque en ella convalació el santo de la caída y heridas que hubo de sufrir en el castillo de Pamplona siendo militar. Dicha capilla está revestida de jaspes y adornado, se venera la estancia en que nació el fundador de la Compañía... El Colegio propiamente llamado Imperial pude verlo aunque muy a la ligera. Es tan grande como suntuoso. El hermano lego que me guiaba por aquel complicado laberinto, me dejó admirar rápidamente los espaciosos dormitorios, corredores, aulas, bibliotecas y otras dependencias de aquel que más que colegio debía llamarse grandiosa Universidad.

Sali de Loyola con la sensación intensa de las poderosas ramificaciones del jesuitismo en todo el orbe católico. Caminando hacia Azcoitia no se apartaba de mi pensamiento la perdurable relación de mi abuelo con el nombre del creador de la Orden ignaciana. Ignacio se llamó uno de mis tios, Ignacia mi hermana e Ignacio dos sobrinos míos. En Azcoitia me metí en una diligencia que salía para Elorrio, y allí tomé otra que a Bilbao se dirigía (3).

Está pues claro lo del azpeitianismo del autor de los Episodios nacionales, y no sólo sentido sino llevado al límite máximo que cabía en él, hasta el culto de San Ignacio de Loyola. Pocos años después tenía lugar la explosión del antijesuitismo que provocó la pieza dramática galdosiana "Electra", cuyo protagonista, la señorita Adela Ubao, vino por cierto a morir en Azpeitia tres años después, en las Esclavas del Sagrado Corazón, calle Emparan, 20, desmintiendo la tesis del drama de habérsela violentado anteriormente, cuando aun era menor de edad, a entrar religiosa.

Oigamos ahora cómo se expresa a nuestro propósito el autor de "El Gran Galeoto" en el primer tomo de sus *Recuerdos*:

Y, ¿de dónde procedían mis timideces?

¿De la raza y de la sangre? Imposible. Mi madre era de las Provincias Vascongadas, y todas las ramas ascendentes, en aquella región del Pirineo, que nunca ha criado tímidos, habían echado constantemente sus raíces. En cuanto la memoria de mi madre y sus tradiciones de familia alcanzaban, no podían encontrarse más que vizcainos y guipuzcoanos. Familia vasca por sus pergaminos, sus genealogías y sus pujos de nobles e hidalgos, y por tanto, su serena altivez. Así mi madre que era buena con la bondad de un ángel, era valerosa y enérgica, y jamás tuvo miedo ni se asustó de nada.

Mis timideces para el mundo, mi cortedad ante las gentes, repugnancia a rozarme con personas desconocidas, como si cada una de ellas fuera un problema temeroso para mí, nunca pudieron proceder de la rama materna. Quizá de ella procedieron —como explicaré más adelante— mis aficiones desenfundadas por la literatura y por la poesía (4).

(3) MEMORIAS, sin fecha ni editorial, p. 186-8. En el convento de las Franciscanas, donde he preguntado, no han logrado identificar esta Madre Ignacia Galdos a que se refiere aquí el novelista. En cambio, es raro que le dijeran que no quedaban Galdos en Azpeitia. No hacía sino unos siete años que murió su párroco José Ignacio Galdos. Regentó la parroquia de Azpeitia desde 1873 a 1884. Como el novelista, algo arbitrariamente, cambió en Galdos, acentuando, lo que era Galdos sin acento, pudo ser que no les sonara su apellido a las gentes de Azpeitia. En los libros parroquiales de Azpeitia del siglo XIX con frecuencia he visto consignado el nombre Galdos.

(4) RECUERDOS, tres vol. Madrid, 1917; cf. vol. I, p. 166.

Hagamos notar de paso que el padre del dramaturgo era de Zaragoza; estudió Medicina en Madrid, y pasó a ser profesor de esa asignatura en Murcia. Del primer encuentro de los padres de José entre sí, nada hallo en los tres tomos de *Recuerdos*, como ni tampoco de lo que acaba de anunciarnos, que explicará más adelante, haber heredado de su madre aficiones literarias. Las Memorias de Echegaray van dictadas de modo desordenado, y pudiera habersele pasado por alto el ocuparse de lo que prometía en esta página 166.

Aquí por lo menos, nada dice Echegaray de la población originaria de su madre. El diccionario Montaner dice ser de Azpeitia; el Espasa, de Azcoitia. Pero en la partida de defunción del dramaturgo (14-IX-1916) del Registro civil del Juzgado núm. 2 (antes Chamberí) de Madrid, existe la aseveración precisa de ser su madre Manuela, natural de Azpeitia (5).

De la devoción del dramaturgo a San Ignacio de Loyola tenemos un argumento por demás fehaciente. El año 1895 dió su nombre a la Real Congregación de Naturales y Oriundos de las tres provincias vascongadas, de San Ignacio de Loyola, que desde 1665 existe en Madrid, y que en los últimos tiempos se halla establecida en la iglesia de San Ignacio, calle del Príncipe. En las listas de los congregantes ilustres, figura el año 1895 José Echegaray. Así me lo comunican con documentos en la mano don Luis Escauriaza y don Manuel Truchuelo, dos de los miembros más antiguos de dicha Congregación (6).

* * *

Corresponde ahora, una vez que hemos oído la profesión de vasconja de ambos ilustres literatos, dar las partidas de bautismo de sus ascendientes guipuzcoanos y varificar sus afirmaciones documentalmente. Resulta de esta verificación que ni Echegaray ni Galdós eran de Azpeitia; ambos a dos eran de Azcoitia. Azpeitia y Azcoitia son dos pueblecitos encuadrados en un mismo valle, al norte el primero y el segundo al sur, distantes entre sí sólo 4 kilómetros, de letras y de sonidos casi idénticos, lo que ha dado origen a equivocaciones en la atribución de sus personas y cosas.

(5) Dato este último que con otras sugerencias varias debo al secretario del Supremo don Bonifacio Echegaray, hermano de Carmelo, más arriba citado.

(6) Completando los datos referentes a la religiosidad de Galdós y Echegaray, récuérdesse que el segundo murió con el nombre de Jesús en los labios. El primero no rechazó los sacramentos, y con sorpresa de no pocos, tuvo entierro católico; en lo cual, los familiares del finado obraron de acuerdo, así se decía, con una última voluntad muy sagrada.

A tenor de lo que decía Galdós busqué la partida de bautismo de su abuelo Domingo en los archivos de la Parroquia de Azpeitia. Revisando sus libros vi que no figuraba allí el nombre en cuestión, mientras comprobaba que los Galdos-Alcorta existentes en sus registros, allá por la segunda mitad del siglo XVIII, provenían de Azcoitia. Procedía según eso consultar los libros de esta población. Aquí sí apareció en los índices Domingo Galdos y Alcorta, cuya partida de bautismo nos trasmite el señor Párroco de Azcoitia:

Don Roque Osoro Azpeitia, Presbítero-Doctor, Cura Económico de la Iglesia parroquial de Santa María la Real de Azcoitia, provincia de Guipúzcoa, Diócesis de San Sebastián.

CERTIFICO: Que al folio 122 del libro núm. 8.º de Bautismos de esta parroquia, consta la inscripción de una partida que dice así:

Núm. 61. En diez y seis de Junio de mil setecientos y cincuenta y seis, yo, D. Pascual Manuel Aristi, Beneficiado y Teniente de Cura de la parroquia de la villa de Azcoitia, bauticé a Domingo que nació el día antes, hijo legítimo de Manuel de Galdos y Josefa de Alcorta. Sus abuelos paternos: Manuel de Galdos y Micaela de Gárate. Maternos: Tomás de Alcorta y María de Narbaiza. Padrinos: Domingo de Alcorta y María de Alcorta, quienes fueron advertidos del parentesco espiritual y de la obligación de enseñar la doctrina cristiana. Todos son vecinos de esta villa. D. Pascual Manuel de Aristi.

Es copia fiel de su original, a que me remito. Y para que conste firmo y sello con el de esta parroquia en AZCOITIA a dos de Agosto de mil novecientos cincuenta y dos.

Sello parroquial

Fdo.

Dr. Roque Osoro

El abuelo del autor de los Episodios Nacionales, contra lo que se nos ha dicho, era de Azcoitia; y su padre Manuel, contemporáneo de los Caballeritos de Azcoitia. Tengámoslo en cuenta; que la coincidencia, como luego se apunta, puede ser de algún interés.

Se nos replicaría tal vez que don Benito Galdós debió de saber bien de dónde procedía su abuelo. Responderemos que en la partida de bautismo suya, Canarias —Las Palmas—, parroquia de San Francisco, a 12 de mayo de 1843, el presbítero don Francisco María Losa dice de su abuelo materno don Domingo Galdós, ser natural de Vizcaya, es decir, que no establece ninguna contradicción entre aquella partida y ésta de nuestra rectificación. Y pasamos ahora a dar la partida de bautismo de la madre del dramaturgo Echegaray.

De nuevo mis diligencias en la búsqueda de dicho documento se practicaron en los archivos parroquiales de Azpeitia. Incluyendo bajo este nombre las distintas anteiglesias del término con libros parroquiales, por ejemplo Urrestilla, Araz-erreca y Araz-Machimbenta. En

ninguna parte aparecía la partida deseada. En consecuencia, sabiendo lo muy fácil que es tomar Azpeitia por Azcoitia o viceversa, mi buen amigo don Galo Barrera efectuó la averiguación en Azcoitia. Tenía yo para una confrontación segura de la madre de Echegaray la partida de bautismo del hermano de éste, Miguel, el comediógrafo, nacido accidentalmente en Quintanar de la Orden, Toledo. En esta partida que me remitió su párroco Agustín Ramírez, aparece bien el nombre y apellido de la madre, Manuela Eizaguirre. Pero se omite su naturaleza o procedencia, mientras el abuelo materno, José Eizaguirre, figura como natural de Esmiga (Guipúzcoa), localidad del todo inidentificable, y la abuela materna se llama María Javier Echeales, natural de San Sebastián. No me había sido posible dar con la partida de bautismo del propio José aunque hice las investigaciones oportunas en la parroquia de San Sebastián de Madrid, a la que pertenecía la calle del niño donde según dicen él nació. La partida de Miguel era, con todo, suficiente para acertar con el documento relativo al nacimiento de su madre Manuela, sin confundirla con otra Manuela Eizaguirre que en esos mismos años figura en los libros de la Parroquia de Azpeitia. He aquí el registro, que acomodándose perfectamente a los datos más o menos imprecisos y mal redactados de la Parroquia de Quintanar de la Orden, los rectifica y pone en orden:

Don Roque Osoro Azpeitia, Presbítero-Doctor, Cura Ecónomo de la Iglesia parroquial de Santa María la Real de Azcoitia, provincia de Guipúzcoa, Diócesis de San Sebastián.

CERTIFICO: Que al folio 161 del libro núm. 11 de Bautismos de esta Parroquia, consta la inscripción de una partida que dice así:

El día once de Marzo del año de mil ochocientos y tres yo, el infrascrito presbítero, Beneficiado de la Iglesia Parroquial de esta villa de Azcoitia, por ocupación legítima y con permiso del Señor Vicario de ella, bauticé a Manuela Melitona, que nació a la una de la tarde del día de ayer, hija legítima de Joseph Gabriel de Eizaguirre, natural de Ezquioga; y de María Xaviere de Chaler, natural de la ciudad de San Sebastián y vecinos de esta dicha villa. Abuelos paternos: Juan de Eizaguirre, natural de Ezquioga y Cathalina de Urquiola de la Gaviria. Maternos: Pascual de Chaler natural de la ciudad de Valencia y Marja Ignacia de Echeandia, natural de Cizúrquill. Fué madrina: María Carmen de Eizaguirre en nombre de Josepha Dominica de Chaler, a quien advertí del parentesco espiritual y la obligación de enseñar la doctrina cristiana. D. Francisco Antonio de Lersundi. Rubricado, D. José Antonio de Lersundi. Rubricado.

Es copia fiel, conforme con su original, a que me remito. Y para que conste, firmo y sello con el de esta Parroquia de AZCOITIA a veinte y nueve de Enero de mil novecientos cincuenta y tres.

Sello parroquial

Fdo.
Dr. Roque Osoro

28.
Manuela
Melitona
de Eiza-
guirre.

El dramaturgo José Echegaray procedía también del pueblo de los Caballeritos. Aquel gesto de iniciación de la vida moderna con sus grandes inquietudes de la física y ciencias naturales que tuvo lugar en Azcoitia a mediados del siglo XVIII y que entonces como hoy es objeto de admiración y de estudio (7), ha tenido, puede decirse, una especie de colofón en estos dos colosos literatos de entronque común azcoitiano. No hemos podido averiguar la profesión de los Galdos Eizaguirre. Hubiera sido de algún valor el saberlo, pues el abuelo de Galdós figuró como secretario de la Inquisición, puesto que requería alguna preparación cultural, por la que el bisabuelo del novelista pudo ser socio más o menos activo en el círculo de los Caballeritos.

Repitamos; la floración literaria que estamos adscribiendo, parcialmente es cierto y sólo como en raíz, al pueblo de Azcoitia, no debe desligarse del esfuerzo cultural que desarrolló dicho pueblo en el siglo antes dicho. El pueblo de los Caballeritos ha sido subsiguientemente de eximios literatos. Pues ha de saberse, y lo hemos indicado antes, que la madre del poeta Gerardo Diego, Angela Cendoya y Uría es hija de Azcoitia. La personalidad literaria de Gerardo Diego no es menester enaltecerla ahora. Está considerado como uno de los talentos poéticos más preclaros de la generación del 20, y sus dotes artísticas y musicales, y sus bellos ensayos le colocan entre los ilustres valores literarios de la nación.

Este es el momento de recordar aquí la cantidad de artistas musicales nacidos en Azcoitia; tales como Pepito Echániz, pianista de primer orden que ha actuado en las grandes urbes americanas; el P. Nemesio Otaño, ex-director del Real Conservatorio de Madrid, y el Padre Sudupe, franciscano, llamado también a gloriosas empresas musicales, y el concertista mundial Nicanor Zabaleta, cuyo padre al menos es hijo de Azcoitia. Como pintor de algún renombre recuérdese a Martín Irureta.

Para terminar, podríamos añadir en forma de anécdota, recalcando una vez más lo de la cantera artística de Azcoitia, que uno de sus caseríos, próximo al Santuario de Loyola, lleva el nombre de Balenciaga. Acaso sea él, anterior a Guetaria, el solar primero de esa gran casa de París que está considerada como centro de altísimas creaciones modísticas.

(7) Últimamente ha sido el señor Ciriquiain el que ha sabido valorar justamente el hecho a que nos referimos. Estos mismos días, en la Argentina, el P. Furlong, a propósito de su filosofía colonial, tiene alusiones variadas al fenómeno que nos ocupa; pero Furlong desenfoca un tanto esta cuestión de los Caballeritos, que, dicho sea de paso, es de tal tipismo, que en las esferas culturales se oye referirse a él dándole sentido de ejemplaridad y explicativo de fenómenos similares que recurren en la historia. Es decir, que ha pasado a ser concepto histórico.

De todas formas la denominación: "Los Caballeritos de Azcoitia" debería enriquecerse con esta otra: "La cantera artística de Azcoitia".

En cambio por el lado Norte, por Azpeitia, las generaciones de última hora han sido ricas en frutos de santidad y de mando. De su solar han nacido el H. Francisco Gárate, camino hoy de los altares, y el Presidente del Perú, General Odria, descendiente del caserío del mismo nombre. No dicen mal con éstos el antes mencionado azpeitiano D. Carmelo Echegaray, historiador del pueblo vasco, y el señor Aquilino Amezua, que construyó los órganos de la Exposición Universal de Barcelona (1888), causando sensación con el registro de la voz humana.

La prensa de Barcelona y de Madrid se ocupó de sus éxitos, que le valieron numerosos encargos de órganos para España (la Catedral de Sevilla) y Ultramar. El señor Amezua fué un caballero andante de la majestuosa sonoridad orgánica; para ella vivió, como saben muy bien sus paisanos.

J. SARRALLE

